

CAPITÁN NEMO

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EN EL FONDO DEL MAR



Jules y sus amigos observan atónitos como los pescadores de Nantes vuelven al puerto con sus barcos cargados de peces verdosos y malolientes, muertos mucho antes de quedar atrapados en las redes. Algo está envenenando la costa.

Los jóvenes aventureros no dudan en zarpar con el capitán Nemo a bordo del Nautilus para averiguar la causa del desastre.

Los aventureros del siglo XXI

Jules Verne

Es un niño de doce años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro, como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

Huan



De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor ¡y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.

Caroline



Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

Marie



Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran, ¡el mundo funcionaría mejor!

PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO



Nantes (Francia), verano de 1840

De todos los inventos de Jules, con el que más se habían divertido sus amigos era con el sifón. El chico, que no quería atribuirse méritos de otros, les había repetido mil veces que no era invento suyo, que hacía tres años, un científico había patentado algo parecido en París y que él simplemente lo había copiado de una revista y lo había mejorado. Daba igual: para ellos era la «botella automática de Jules» desde que les explicó en qué consistía, y si lo habían acabado llamando por su verdadero nombre, había sido por comodidad. «Sifón» era más corto.

Se habían divertido sobre todo con la primera prueba. Estaban deseando apretar la palanquita que dejaba salir el líquido gaseoso porque les había costado mucho hacer el

primer sifón. Los materiales, sin embargo, no habían sido ningún problema: en la tienda del señor Shian, el padre de Huan, habían encontrado botellas de todos los tamaños, grosores y formas, solo habían tenido que elegir una; el metal para el grifo era latón procedente de picaportes que el generoso tendero les había regalado; el gas carbónico no tenía secretos para Jules, podía obtenerlo con una sencilla reacción química. La principal dificultad había estado en fundir el latón para darle la forma de grifo con pulsador y, después, introducir en él la sofisticada válvula. Debía ser muy resistente, además, para aguantar la presión. Aunque eran ya muy mañosos en fabricar todo tipo de cosas, tuvieron que hacer infinidad de ensayos y desechar un montón de grifos antes del definitivo, que se enroscaba perfectamente a la boca de la botella, no saltaba como un tapón de champán a los pocos segundos de colocado y... funcionaba.

En realidad, aquel primer grifo de sifón no iba muy bien. Pero fue precisamente su funcionamiento imperfecto lo que hizo que pasaran uno de los momentos más divertidos de su vida. La primera vez que Jules accionó el pulsador para llenar un vaso, el líquido salió con tanta fuerza que salpicó la habitación entera y, por supuesto, a ellos cuatro. El vaso rodó por el suelo hasta chocar contra la pared.

—He puesto demasiado gas —dijo Jules—. Habrá que vaciarlo y probar con menos presión.

Caroline, Marie y Huan tuvieron los tres la misma idea, pero Huan fue el más rápido. Cogió el sifón, apuntó el pitirro hacia las chicas y apretó el pulsador. En solo un segundo, estaban empapadas.

Marie se abalanzó sobre él y le quitó el sifón de las manos. Pero no solo para acabar con aquella ducha, si no para mojar ella a los demás. El primero en recibir un chorro en plena cara fue Huan, en venganza. Luego le tocó a Caroline, que ni siquiera intentó protegerse. Se reía como una lo-

ca. Y tampoco se libró Jules, que aguantó con una sonrisa el chapuzón hasta que la botella estuvo vacía.

En aquel momento, la señora Shian abrió la puerta. Les llevaba la merienda y esperaba encontrarlos sentados y contándose cosas graciosas, porque los había oído reír desde la cocina. Al verlos mojados, se marchó con la bandeja del té y el bizcocho para volver al cabo de unos instantes con varias toallas. Les pidió que se secaran ellos y, también, el suelo y las paredes con trapos.

La idea de hacer un sifón se le había ocurrido a Jules oyendo contar cosas de su trabajo a Marie, que varias veces por semana iba a echarles una mano a las monjas de La Charité Nantaise, un asilo de ancianos y comedor benéfico de la ciudad. Aunque eran los primeros días del verano, el calor era sofocante y los viejecitos decían que, por más agua que bebían, siempre estaban sedientos y tenían la boca seca.

—Es mentira —les aclaró Marie a sus amigos—, lo que pasa es que les gusta quejarse siempre y de todo, y en verano se quejan del agua. Quieren beber otras cosas que refresquen más. Son caprichosos. Pero en el asilo no hay dinero para comprar bebidas ni bloques de hielo, así que se tienen que conformar con agua que no está ni fresca. Algunos hasta se niegan a bebería.

—En mi casa, a veces tomamos agua de cebada —dijo Caroline—. Pero la enfriamos con hielo, eso sí.

—¡A mí, lo que de verdad me refrescaría es no ir al colegio! —exclamó Huan—. En clase sí que sudo la gota gorda. No sé por qué tiene que durar tanto el curso. Ya hemos hecho los exámenes finales, ¿a qué vienen estas semanas de lecciones de repaso antes de entregarnos las notas?

—Para darnos la oportunidad de portarnos mal y bajar nos la calificación —le contestó Marie, igual de irritada que su amigo. Y ella con más motivo porque, aparte de estudiar y ayudar en el asilo, se ocupaba también de muchas tareas

en su casa y cuidaba de sus hermanos pequeños. Soñaba con las vacaciones desde el primer día de curso.

—¡En el siglo XXI, las clases acabarán a principios de junio, después de los exámenes, y no en julio como ahora! —proclamó Huan.

El siglo XXI era para aquellos cuatro amigos del siglo XIX el lejano futuro en el que todo sería mejor. A su manera, se esforzaban para que fuera así, y por eso habían creado el club Los aventureros del siglo XXI, que se reunía en la trastienda del negocio de los señores Shian.

—¿Y a quién le importan las clases? —dijo entonces Jules, que había estado pensativo—. Quiero decir que nosotros hacemos cosas mejores que ir a clase. A ver qué os parece mi idea.

Les propuso entonces fabricar sifones para llevarlos al asilo. Naturalmente, antes tuvo que explicarles lo que era un sifón y lo que era una bebida con gas. Con burbujas, los líquidos refrescaban más, o por lo menos, la sensación era más refrescante.

—A lo mejor, el agua con gas les gusta —dijo Marie—, aunque con ellos nunca se sabe.

—No, no será simple agua con gas —repuso Jules—. Haremos agua de cebada con gas, ¿no es mejor?

Los días siguientes fueron frenéticos en la sede del club. Jules, Caroline, Marie y Huan trabajaron sin descanso para completar el número de sifones que querían llevar al asilo y para cocer toda el agua de cebada necesaria para llenarlos. Se ponían manos a la obra nada más salir del colegio y no paraban hasta que se hacía de noche. La señora Shian los avisaba oportunamente para que los amigos de su hijo no llegaran tarde a cenar.

En esos días de duro trabajo todos estuvieron de acuerdo con Huan en que las clases, unos repasos inútiles a los

que nadie atendía, eran una pérdida de tiempo. Sin aquellas horas muertas, no habrían acabado tan agotados.

Pero también fueron días de risas, porque había que probar cada sifón que fabricaban y nunca se cansaban del juego de empaparse los unos a los otros. Una vez incluso mojaron a la señora Shian, que abrió la puerta de la trastienda con la merienda justo cuando un chorro apuntaba en aquella dirección. Jules, que era quien sostenía el sifón, primero palideció, luego se puso colorado y por último intentó disculparse, pero se le trabó la lengua y no se le entendió ni jota. La madre de Huan sonrió para quitarle importancia al incidente, y Jules, tranquilizado, pudo pedirle perdón como era debido.

Llegó por fin la tarde de llenar los sifones con agua de cebada e ir añadiéndoles gas carbónico. Hicieron pruebas hasta conseguir la presión adecuada y luego probaron la bebida. A todos les gustó, menos a Huan. Afirmó que el sabor era insulso y que el gas le abrasaba la garganta y le revolvía el estómago. Dijo además que si una persona bebía mucho de aquello, seguramente explotaría. Sus amigos lo tacharon de exagerado.

Quisieron que también los señores Shian probaran la bebida. Les interesaba su opinión, y si les gustaba, como agradecimiento por todo lo que hacían, les regalarían un sifón y se encargarían de rellenarlo cada vez que se acabara.

El padre de Huan, que no había entrado ni una sola vez en la trastienda mientras trabajaban, se quedó maravillado ante la botella con grifo incorporado y los felicitó antes incluso de probar el agua de cebada.

La señora Shian paladeó despacio la bebida, soltó un eructito y se echó a reír mientras asentía con la cabeza en señal de aprobación. Le había gustado.

—¿Cómo se llama esta bebida? —preguntó luego.

—No se llama de ninguna manera especial, es solo agua de cebada con gas —le contestó Jules.

—Pues tiene razón —dijo Caroline—, deberíamos ponerle nombre...

—¡Y patentarla! —dijo Huan con entusiasmo—. Aunque a mí no me gusta, quién sabe, lo mismo se vendería bien y nos daría un montón de dinero.

Pero hubo un tercer invitado a la presentación de la bebida inventada por Jules, un pequeño perro vagabundo. Como la puerta de la tienda estaba abierta, el animal se había colado para curiosear y había acabado entrando en el almacén. Allí se había plantado en medio del grupo, como pidiendo que le dieran algo de lo que repartían. Tenía la lengua fuera y meneaba cómicamente la cola.

—Mira, también quiere —dijo Marie—. Échale un poco en la lengua.

Jules apretó con cuidado el sifón para que el perro no se asustara. Y no se asustó, pero empezó a estornudar al tragarse el agua de cebada. Estornudando dio media vuelta y salió de la tienda.

—¡Ya está, la bebida se llamará «cola», en honor de nuestro amigo el perro! —dijo Caroline—. ¡Qué gracioso era!

Los demás dijeron que era un buen nombre, mucho mejor que agua de cebada con gas. Solo se opuso Huan, al que le pareció ridículo llamar así a una bebida.

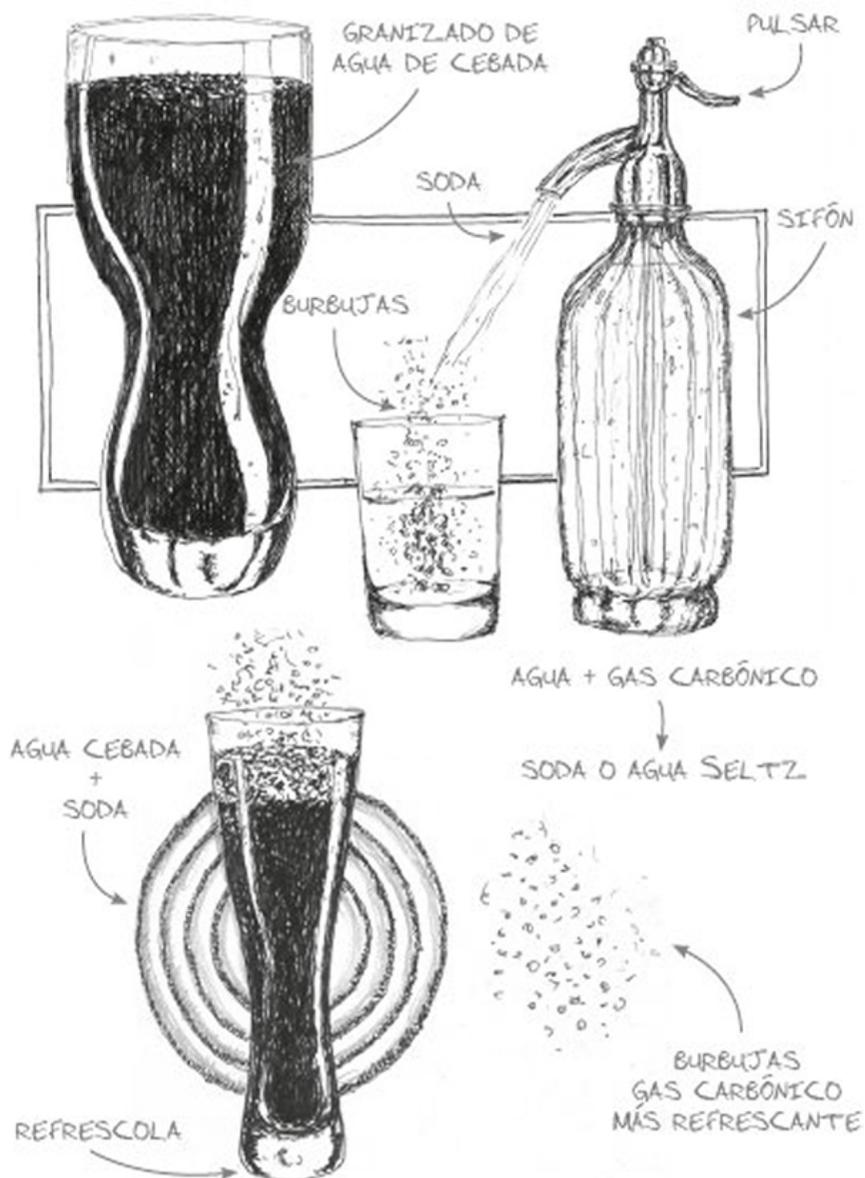
—Una bebida asquerosa con un nombre tonto. Retiro mi propuesta de venderla, algo así nunca será un negocio —dijo totalmente convencido.

—Podemos ponerle un nombre más comercial, como Frescola —sugirió Caroline.

—O Refrescola —se le ocurrió a Marie.

—Hum... —dudó Huan. Pero luego se mostró firme—: No, no suenan bien. No creo que vaya a venderse nunca nada que tenga «cola» en el nombre, hacedme caso.

REFRESCOLA



A media mañana del día siguiente, que era sábado, los cuatro amigos llevaron los sifones de cola en un carrito que les había prestado el señor Shian. Estaban un poco nerviosos porque no estaban seguros de que la bebida fuera a gustarles a los ancianos; la gente de más edad acepta mal las novedades. Confiaban, de todos modos, en que el aparato les asombrara, que al menos supusiera una diversión para personas que tenían pocas oportunidades de divertirse. Además, los ancianos siempre habían recibido bien los inventos de los chicos.

—El aparato que has ideado es estupendo, Jules, no lo niego, pero no esperes que les encante la cola... —dijo Huan. Cuando se lo proponía, era un especialista en arruinar ilusiones. Pero Caroline y Marie le lanzaron tal mirada de recriminación que no volvió a abrir la boca en todo el camino.

Huan se equivocaba por completo: a los ancianos les gustó tanto la bebida que se disputaron los sifones.

—No la sirváis en el vaso, disparaos el chorro directamente a la boca —dijo uno, e hizo la demostración: abrió la boca, se acercó el pitorro y apretó el pulsador. La mitad del líquido se le salió fuera, pero aun así se rio a carcajadas.

—¡Y quita más la sed que el agua! —exclamó otro.

—¡Y hace cosquillas en la nariz! —chilló, más que dijo, una anciana.

Y fue aquella anciana en concreto la que desencadenó una situación que los chicos temían, porque la conocían muy bien. La mujer se disponía a dispararse otro chorro a la boca, pero como no paraba de reírse y movía de un lado a otro la cabeza, coordinó mal los movimientos y el chorro no acabó en su garganta, sino en la cara de un anciano que estaba detrás de ella. El anciano tenía también un sifón en las manos y se vengó en el acto de la mujer disparándole un chorro a la cabeza. Después, ningún anciano bebió más cola, sino que la utilizaron para mojar a los demás.

—Empieza la juerga —dijo Huan, que se reía con ganas y buscaba con los ojos algún sifón libre para participar también en la batalla. No había ninguno.

—Lo sabía —dijo Marie con resignación.

—Bueno, no te enfades mucho —dijo Jules—. Quizá era esto lo que necesitaban. A mí me parece que hemos hecho bien trayendo los sifones.

—No, si me gusta mucho verlos tan contentos...

—Y refrescarse, se están refrescando —dijo Caroline, que en ese momento tuvo que esquivar un chorro perdido.

Sin que las monjas necesitaran pedírselo, los cuatro amigos las ayudaron a poner orden. Por supuesto, los ancianos no se aplacaron ni cedieron los sifones sin oponer resistencia, así que todos acabaron mojados, las monjas las que más. Bueno, las monjas y un par de ancianos que se habían asustado, para los cuales los sifones debían de contener alguna sustancia explosiva y podían estallar en cualquier momento.

—¡Tomad explosivos, aguafiestas! —les gritó una señora mientras les descargaba medio sifón con el pulsador apretado a fondo.

Cuando por fin se hizo la calma, las monjas les anunciaron a los ancianos que les darían de beber cola cuando quisieran, pero siempre en vaso y servida por ellas.

—Pues así no tiene gracia; lo bueno es bebería uno mismo y del pitorro —refunfuñó uno de los peleones.

Los chicos pensaron que era un buen momento para despedirse. Para apoyar a las monjas, recomendaron a los ancianos usar correctamente los sifones. No se sentían decepcionados por el alboroto, sabían que al menos uno de sus propósitos se había cumplido, el de distraerlos. Y con el tiempo, pasada la novedad, los sifones servirían para lo que eran, para quitar la sed. Jules podía estar orgulloso de su invento. De hecho, lo estaba.

Los abuelos les dieron sinceramente las gracias. Alguno incluso le preguntó a Jules si ya tenía algún otro invento en